

En recuerdo de Arturo Ardao (1912-2003)

Zdenek Kourim

El 29 de septiembre pasado Uruguay ha perdido a su más ilustre filósofo viviente y la América Latina a uno de sus destacados pensadores, de los que pueden ser llamados creadores o emancipadores de la filosofía latinoamericana, generación que había proseguido –de una manera crítica– el trabajo iniciado por la de los «fundadores». A éstos pertenecía el uruguayo Carlos Vaz Ferreira cuya obra Arturo Ardao expone y comenta (Cfr. por ejemplo su *Introducción a Vaz Ferreira*, Montevideo, 1961) y en la cual encuentra una de sus principales fuentes de inspiración al poner de relieve el proyecto que considera como más innovador y fecundo: el de investigación sobre la razón a fuer de función discursiva y al mismo tiempo psíquica (intuitiva), es decir sobre «la constante *vivificación* psicológica de los conceptos, los juicios y los razonamientos lógicos». Adoptando enteramente el antidogmatismo vazferreirano, Ardao elabora su propia perspectiva a partir de la óptica que su predecesor había esbozado en el libro *Lógica viva* (1910). Las primeras frases de éste enuncian claramente el intento y la meta apuntada por Vaz Ferreira: «Una de las mayores adquisiciones del pensamiento se realizaría cuando los hombres comprendieran –no sólo comprendieran, sino sintieran– que una gran parte de las teorías, opiniones, observaciones, etc., que se tratan como opuestas, no lo son. Es una de las falacias más comunes y por la cual se gasta a pura pérdida la mayor parte del trabajo pensante de la humanidad, la que consiste en tomar por contradictorio lo que no es contradictorio; en crear falsos dilemas, falsas oposiciones. Dentro de esa falacia, la muy común que consiste en tomar lo complementario por contradictorio, no es más que un caso particular de ello, pero un caso prácticamente muy importante».

La trayectoria así indicada –que implica la exigencia de permanente conexión y confrontación de lo más abstracto con lo más concreto– fue seguida por Ardao con una rectitud ejemplar y sin ninguna concesión, no solamente en el ámbito intelectual, sino también personal (cfr. al propósito. *La tricolor revolución de enero. Recuerdos personales y documentos olvidados* [Montevideo, 1996] donde el autor da cuenta de su participación en la revolución de 1935 contra el régimen dictatorial de Gabriel Terra; duran-

te la dictadura militar en los años 70-80 el filósofo uruguayo tuvo que exiliarse en Venezuela). Su pensamiento se desarrolla desde y se apoya en la historiografía y la historia de las ideas en América Latina (cfr. por ejemplo *Filosofía en lengua española*, Montevideo, 1963, *Estudios latinoamericanos de historia de las ideas*, Caracas, 1978, *América Latina y la latinidad. 500 años después*, México, 1993), historia concebida e interpretada como toma de conciencia de una diferencia que se orienta hacia lo universal en cuyo seno la pluralidad se transforma, pero no se disuelve.

Esta tendencia queda no solamente paralela, sino inherente al movimiento que Ardao denomina «una profundización dialéctica del proceso evolutivo, es decir constitutivo, de la razón», provocada e impuesta por la revolución tecno-científica. El hecho es que el *telos* o hito intrínseco de ésta –la apertura del espacio histórico (terrestre) a una concepción planetaria, apertura emparejada con la unificación de la historia– no puede ser alcanzado sin «una transformación de las condiciones y relaciones del conocimiento» y sin que se efectúe conjuntamente «una transformación ontológica de la realidad» –en primer lugar de la «del ser del devenir»: la razón misma, «como realidad objetiva», proveniente de la vida e inseparablemente ligada con ella, avanza de este modo «hacia una forma de autotrascendencia».

Según Ardao, el aporte de los filósofos hispánicos –aporte cuya progresión está principalmente jalonada de los nombres de Unamuno, Ortega y Gasset y Vaz Ferreira se sitúa justamente aquí: en la intuición, la acentuación y hasta la elaboración del pensamiento de lo concreto que, al suprimir la exclusividad del razonamiento fundado en la lógica formal, lo completa, le otorga una nueva dimensión, enriqueciéndolo.

En su último libro, *Lógica de la razón y la lógica de la inteligencia* (Montevideo, 2000), que constituye en este sentido una síntesis creadora y un avance teórico, el autor insiste sobre el papel insustituible de la inteligencia definida como «facultad del sujeto en tanto que *sujeto inteligente*, inmediata aprehensora supralógica de toda la relación viviente –intelectual, pero además activa y afectiva– entre el objeto conocido y el sujeto que lo conoce». Mientras que «la razón relaciona, identifica y cuantifica [y] lo hace en un abstracto plano en el que se ha establecido el vacío neumático [...] no sólo de las sensaciones sino también del movimiento, incluso el psíquico», a la inteligencia incumbe reconducir «el orden formal así logrado [...] a la realidad concreta de donde fue abstraído», para llegar a desvelar el sentido más profundo de aquél, alcanzando un grado superior de comprensión en el cual lo antitético y lo solidario se juntan. Así «el enunciado *Lógica de la Inteligencia*, lejos de constituir la propuesta de una lógica más,

apuesta sólo a emparentar –y eventualmente unificar– las variadas lógicas que vienen ensayándose como alternativas de la lógica formal».

* * *

A este sumario e insuficiente recorrido de las etapas del pensar de Ardao, me permito añadir un testimonio personal sobre la modestia de este autor, calidad humana, bastante rara (particularmente) entre los intelectuales reconocidos, incluso filósofos, por no ser aquí señalada. Cuando, al comienzo de los años 80, proyectaba hacer un libro sobre la filosofía en la América Latina con el subtítulo «Diez preguntas a diez filósofos iberoamericanos» (proyecto que no pude –no solamente por mi culpa– nunca realizar), me dirigí también a Ardao; su respuesta tardaba. Por fin, recibí la carta fechada el 5 de junio de 1981 de la cual copio lo esencial:

«La causa de mi demora ha sido la situación en que me colocó su tan amable del 26 de enero, en la cual me hace el honor de plantearme un Cuestionario filosófico de 10 puntos. Volví más de una vez sobre él. He llegado a la conclusión de que las respuestas tendrían que ser detalladas para ser bien comprendidas, dada la importancia y la complejidad de las cuestiones, lo que alargaría demasiado mi escrito. Pero *lo más importante* es otra consideración, que desde el comienzo mucho me ha preocupado y al fin me ha dominado. Sinceramente, pienso que la escasa entidad de mi obra personal no justifica mi inclusión en este grupo reducido que formará el volumen. Son muchos lo que tendrían que figurar con mayores títulos. El estado psicológico en que todo esto me ha colocado, me ha hecho difícil escribirle antes. Le agradezco muy profundamente la distinción tan honrosa que me ha hecho, pero le ruego tenga la bondad de disculparme doblemente, por declinar la participación y demorar en escribirle».

¡Qué inmenso contraste con lo que me escribió, con motivo idéntico, un insigne filósofo argentino desde McGill University! He aquí unas frases suyas que, por cierto, no necesitan de comentario:

«Me permito hacerle notar que de los ocho filósofos que Vd. menciona (a) sólo dos han alcanzado un nivel internacional (b) al menos 6 frisan los 70 años. En otras palabras, creo que su selección es inadecuada: Vd. ha incluido a gente que no ha dicho nada nuevo, y ha excluido a las nuevas generaciones».

Sólo aduzco que entre esta «gente que no ha dicho nada nuevo» figuraban por ejemplo los nombres de Ernesto Mayz Vallenilla, Francisco Miró Quesada, Miguel Reale, Arturo Andrés Roig y Leopoldo Zea.

